

Cerámica en contextos de cazadores-recolectores. Algunas aportaciones de la Etnoarqueología

Pottery in hunting-gathering sites. Some contributions from Ethnoarchaeology

Isabel Rubio de Miguel
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

La toma de conciencia de que el hallazgo de cerámica en yacimientos de caza y recolección no siempre es índice de su neolitización sino del uso de esta por grupos con economía no productora, lleva al planteamiento de numerosos interrogantes, pero también a la sugerencia de un buen número de posibilidades que debemos en una gran parte a lo observado en poblaciones vivas, gracias a la Etnoarqueología. Particularmente, la interpretación de conjuntos mezclados (con cerámicas de grupos móviles y sedentarios) implica tener en cuenta diversos aspectos vinculados a ellas, como las relaciones entre vecinos. El intercambio estará condicionado no solo por requerimientos funcionales sino también por vínculos de parentesco o por cuestiones sociales. Se plantean también las causas de la adquisición o fabricación de las vasijas cerámicas y sobre todo cómo su tecno-función resulta clave en la interpretación de yacimientos.

Palabras clave: cerámica, cazadores-recolectores, movilidad, almacenamiento, depósito arqueológico, tradiciones.

Abstract

The awareness that pottery findings in hunting-gathering sites is not always an evidence of their neolithisation but of ware use by groups with non-productive economy, take to put many questions, but also to the suggestion of great number of possibilities due to a large extent to the observations made in living societies, thanks to Ethnoarchaeology. Particularly, interpretation of mixed deposits (with pottery of both mobile and sedentary groups), imply to take account of several aspects related to them, as the relationship between neighbours. Exchange will be conditioned not only by functional requests but also by family ties or by social matters. Reasons for acquisition or making pottery vases are raised here and, most of all, how their techno-function is a key in sites interpretation.

Keywords: pottery, hunter-gatherers, mobility, storage, archaeological deposits, traditions.

Un tema atrayente en los estudios de Prehistoria es la investigación sobre las cerámicas halladas en depósitos de cazadores-recolectores. La novedad no reside tanto en su aparición, constatada hace tiempo, sino más bien en la nueva óptica con la que se contemplan y, como consecuencia, en las distintas interpretaciones que se proponen. Su estudio no se halla exento de dificultades y determinados aspectos serán seguramente siempre difíciles de conocer, cuando no imposible. Por otra parte, a día de hoy, una disciplina (un enfoque o una estrategia de investigación para otros) como la

Etnoarqueología tiene mucho que decir al respecto, brindando posibilidades de interpretación para documentaciones arqueológicas un tanto complejas, pero suscitando igualmente problemáticas insospechadas, como en el tema que expondremos aquí. De cualquier modo, resulta a mi juicio un objeto de investigación sumamente atractivo, razón por la cual lo he elegido para ofrecerlo como modesta contribución al homenaje a la colega y amiga Concepción Blasco, Concha, cuya jubilación no ha sido en modo alguno sinónimo del cese de su actividad científica, afortunadamente para todos,

¹ Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid. isabel.rubio@uam.es

y cuya curiosidad por los más variados temas me ha animado a escribir estas páginas sobre un tema tan alejado de su campo de trabajo habitual.

Por mi parte, no es la primera vez que me intereso por los aspectos menos tradicionalmente estudiados de la cerámica (Rubio, 2010-2011) y en concreto por este tema, habiéndolo tratado ya de forma secundaria (Rubio, 2014), como uno de los puntos de apoyo para sustentar un modelo alternativo al dual de la neolitización peninsular.

Habitualmente, la aparición de cerámica² en yacimientos con economía de caza y recolección bastaba para convertirlos en neolíticos que, simplemente, ponían un mayor énfasis en actividades depredadoras. Otra consideración (cazadores-recolectores con cerámica), según la visión evolucionista vinculada al Sistema de las Tres Edades decimonónico hubiera implicado contemplar este hecho como una anomalía que era necesario explicar. Sólo muy poco a poco han ido introduciéndose otras visiones posibles de tales grupos: campamentos de caza de sociedades neolíticas o de cazadores-recolectores contemporáneos de grupos agricultores de los que pudieron adquirir la cerámica³. Este segundo caso implicaba el reconocimiento de la coexistencia de sociedades depredadoras y de sociedades productoras, es decir de dos tipos de economía diferentes (no forzosamente sucesivos), rompiendo así un tanto la secuencia de la Prehistoria antes citada. Pero cabe plantear también una tercera posibilidad: grupos de cazadores-recolectores con cerámica en su equipo material, de distinta procedencia, acaso fabricada en parte incluso por ellos mismos⁴.

Un aspecto más a considerar en relación con lo expuesto, vinculado estrechamente con las estrategias de los cazadores-recolectores, es su movilidad que puede presentar distintos grados y que, normalmente, se ha considerado enemiga de la cerámica a causa de la fragilidad de esta última. La Etnografía desmiente en buena parte esta afirmación, aún reconociendo la particularidad señalada, sobre todo si se tienen en cuenta los grupos nómadas, cuya movilidad es igualmente importante y variable aún siendo grupos productores, claro está que con ciertas particularidades que veremos. R. Cribb

(1993), investigador especialista en poblaciones nómadas, ha defendido la importancia de las vasijas de gran tamaño en dichas poblaciones, aunque con un uso menos intensivo que entre los grupos sedentarios. Sin embargo, es necesario igualmente detenerse en otros matices que el citado autor introduce en los estudios de cerámica en campamentos nómadas. Entre otras cosas, ha señalado la posibilidad de que la cerámica fuera usada de manera más extensiva en momentos anteriores, ya que en la actualidad se prefieren recipientes de aluminio, por ejemplo. Un campamento abandonado de beduinos en el desierto sirio, estudiado por el mencionado investigador, parecía confirmar esta suposición que, por otra parte, encuentra su paralelo en grupos sedentarios en los que han decaído también las vasijas cerámicas, excepto como contenedores de agua fresca (Cribb, 1993: 70). Se trata de una interesante constatación que deberá ser también tenida en cuenta para explicar la escasez de cerámicas en ciertos depósitos arqueológicos⁵.

Sin embargo, el uso de cerámica entre los nómadas del Próximo Oriente es ampliamente conocido y, en opinión de R. Cribb (1993: 71), en los mencionados campamentos cabría esperar la presencia de dos tipos de vasos: de pequeño tamaño, como teteras, tazas, jarras o pipas de arcilla, que pueden considerarse también objetos valiosos, y de tamaño grande, destinados a cocinar, al almacenamiento o cuencos. Los de este segundo tipo tienen más posibilidades de incorporarse a la documentación arqueológica, sobre todo lo usados en la cocina, ya que su vida útil es más bien corta.

R. Cribb (1993: 71) proponía las siguientes hipótesis al respecto:

1. Seguramente, el uso de la cerámica no ha sido tan intensivo entre los nómadas como en los asentamientos sedentarios.
2. Tamaños y tipos han sido posiblemente menos numerosos entre los nómadas que entre los grupos sedentarios.
3. Probablemente, ha habido un número mayor de fragmentos de grandes vasijas (que han sido usadas como instalaciones fijas), que de vasos de menor tamaño.

² La cerámica se halla presente desde el Neolítico en adelante, según las secuencias al uso, en contextos de agricultores, en cierto grado sedentarios, siguiendo ese mismo criterio.

³ Cultura de Ertebölle, como veremos más adelante, por ejemplo.

⁴ No puede afirmarse según lo expresado y según lo que se analizará en las páginas siguientes, que todos los rasgos neolíticos aparezcan en conjunto, al mismo tiempo. Existen dos posibilidades por lo que se refiere a esta problemática concreta: o los vasos cerámicos se adquieren a partir de otras gentes que los conocen y los usan (y eventualmente los fabrican) o se comienzan a fabricar por los propios cazadores-recolectores. En algún momento, al menos en los focos de neolitización, como es el caso del Próximo Oriente, deter-

minadas poblaciones han iniciado por su cuenta la tecnología cerámica. Cabe recordar que en el área mencionada el Neolítico cerámico sufre desfases cronológicos según las regiones, lo que produjo grupos con tecnología desigual. Podría plantearse entonces, como aspecto a investigar, la detección de la fabricación de cerámica por los grupos de cazadores-recolectores como invención propia (titubeos y procesos iniciales de la fabricación de vasijas no desconocidos en Arqueología). Sin embargo, no será esta la problemática tratada aquí.

⁵ Del mismo modo y desde el punto de vista metodológico, viene a apoyar la necesidad que tiene el etnoarqueólogo de conocer la historia y evolución de las poblaciones vivas que investigamos.

4. Dependiendo de la frecuencia del uso de la vasija como instalación fija, se puede encontrar una distribución del tamaño, sesgada hacia el extremo inferior o superior del rango establecido.

En opinión del citado investigador (Cribb, 1993: 71), estas hipótesis indican el tipo de variables que son importantes para los arqueólogos interesados en distinguir campamentos nómadas y sedentarios sobre la base de la distribución cerámica, fundamentalmente. Los ejemplos siguientes serían una muestra de lo expuesto. Distintos campamentos estudiados por el autor y por otros arqueólogos mostraron escasos fragmentos cerámicos, ampliamente repartidos por la superficie y de tamaño pequeño. Estos hallazgos parecían apuntar a la hipótesis número 4. Pero por ejemplo, como contrapartida y muestra de la variabilidad implícita en esa misma hipótesis, los yacimientos de Anatolia occidental (campamentos Yörük, cuyos habitantes suelen vivir en sus tiendas durante todo el ciclo anual) contenían cerámica fina y vidrio, mientras que los de Anatolia oriental (campamentos de nómadas kurdos, con una mayor movilidad) mostraban una gran cantidad de fragmentos de cerámica tosca de gran tamaño (Cribb, 1993: 73).

Por lo tanto, según lo expuesto, parece fuera de toda duda el uso de vasijas cerámicas por poblaciones con movilidad variable, como es el caso de los nómadas, pero igualmente por los que practican la caza y recolección. Habida cuenta también de la existencia de recipientes de otro tipo cabe preguntarse: ¿qué atractivo o qué utilidad pueden tener los vasos cerámicos para los cazadores-recolectores?, ¿por qué los adquieren de otros grupos sedentarios o los fabrican ellos mismos en un momento dado?

La especulación sobre las causas de la aparición de la cerámica en general no es nueva. Una de ellas ha sido la posibilidad de exposición continuada al fuego de estos recipientes, algo que la vincularía con la cocción de los cereales, por ejemplo, o de otros alimentos. Ya en 1976, M^a R. Lucas había sugerido que una de las motivaciones para fabricar recipientes de arcilla era la posibilidad de cocer los cereales que, de ese modo, podrían ser consumidos no sólo en forma de harina o papillas. Por lo que se refiere al Neolítico peninsular, con posterioridad y para los hallazgos de Cova Fosca (Castellón), sus excavadores (Olaría, Gusi y Estévez, 1980), consideraban la posibilidad de su uso para cocer carne. Como contrapartida, algunos estudios venían a contradecir o a matizar esta posibilidad. Me refiero en concreto al realizado en esos mismos años por M^a D. Gallart (1980) sobre la tecnología de la cerámica impresa cardial y de otras posteriores de los yacimientos valencianos. La principal conclusión de dicho estudio era que estas primeras producciones, de origen local, no eran aptas para cocinar y que hasta llegar a las fechadas entre finales del V milenio y principios del IV a.C., que no presentaban decoración alguna, no fue posible la exposición al fuego.

De cualquier manera, creo que los casos y las necesidades habrán sido y son distintas y que podríamos resumir ciertas peculiaridades de los vasos cerámicos que los harían deseables en mayor grado que otra clase de recipientes. Por un lado, estaría su función utilitaria, planteando el tema de la transformación del alimento y de los cambios introducidos en los hábitos dietéticos para aquellas usadas en la cocina, como acabamos de ver. Pero también han podido emplearse para servir y comer. Dentro de esta misma función utilitaria, se hallaría su uso como elementos de almacenamiento de grano y de agua o, quizá, de algún tipo de alimento. Por otro lado, cabría pensar en una función simbólica, como regalo o expresión de unas obligaciones sociales. Precisamente J.M. Vicent (1990: 245), al exponer su después denominado Modelo de capilaridad sobre la neolitización peninsular, sobradamente conocido, y refiriéndose a la cerámica impresa cardial, señalaba que en ese ámbito cultural las relaciones sociales eran de tipo abierto, perceptibles justamente a través de la producción cardial, caracterizadas por una reciprocidad generalizada. En todo caso, cabía discutir si la entidad del "horizonte cardial" radicaba en la difusión de un tipo concreto de útiles (cerámicas cardiales), en una técnica decorativa (la impresión) o en una práctica social (el intercambio o la posesión de cerámicas decoradas con determinados motivos) (Vicent, 1990: 254). La difusión de las tradiciones decorativas impresas hace pensar, según el autor, en un modelo de circulación de bienes en el que éstas servirían como medio para explicar obligaciones sociales o como un modelo de acumulación de capital o de prestigio social. A lo largo del V milenio existía la necesidad de establecer expresiones simbólicas de un cierto número de relaciones sociales y parte del «trabajo excedente» se invirtió en estas necesidades, en el marco de contactos entre grupos que posibilitarían la adquisición de nuevas especies (Vicent, 1990: 284).

Las comunidades de cazadores-recolectores del Epipaleolítico no parecían, a su juicio, demasiado diferentes de las del Neolítico antiguo, ya que las especies domésticas quedaban incluidas en una economía de amplio espectro. En opinión de J.M. Vicent (1990: 278), la introducción progresiva de las técnicas productivas o el inicio de las tradiciones cerámicas no han de ser considerados como términos de ruptura, sino vistos desde la óptica de la continuidad de los fenómenos que se producían a lo largo del Holoceno en el Mediterráneo occidental, sin que quepa recurrir a entidades imaginarias como emigrantes o colonizadores. Pero la llegada a occidente de las especies domésticas (como la cerámica por otra parte) pudo producirse a través de los contactos ordinarios entre grupos vecinos mesolíticos, siguiendo la red de obligaciones recíprocas, según los modelos de filtro. Lo que recibieran los grupos occidentales estaría mediatizado por sus intermediarios (Vicent, 1990: 282).

Varias cosas interesa destacar aquí por lo que se refiere al modelo que venimos mencionando. Por una parte, la defensa de una continuidad de las poblaciones de cazadores-recolectores que evolucionan en sus modos de vida para resolver cuestiones fundamentales como la subsistencia, pero no por el deseo de cambiarlos. Por otra, la constatación de un hecho que se evidencia cada vez más claramente en la documentación arqueológica, como es la variedad de situaciones existente en la neolitización, también a nivel peninsular. Pero sobre todo, se planteaba la relación entre grupos, característica de las sociedades de bandas, mesolíticas en este caso, mediante la existencia de redes de intercambio, como vehículo para la transmisión de especies, ideas y objetos, evidente si examinamos la distribución de los hallazgos de especies domésticas y naturalmente de las primeras cerámicas, las cardiales, en el ámbito mediterráneo⁶. Serían estas la expresión de obligaciones o relaciones sociales, no funcionales por tanto. La atribución de un carácter simbólico para estas primeras cerámicas cardiales encajaría bien con los resultados del trabajo antes citado de M^aD. Gallart.

Los datos que permiten volver sobre los aspectos que venimos mencionando son nuevos, pero también antiguos conocidos hace ya tiempo, pero no valorados suficientemente en el sentido en el que se plantea aquí. Por lo tanto, no cabe esperar que sean sorprendentes en sí mismos, ya que han sido tratados y mencionados repetidas veces, pero pueden ser explicados desde otra óptica distinta a la consideración de meras “anomalías”. Por otra parte, los recabados en sociedades vivas mediante la Etnografía y la Etnoarqueología aumentan el número de posibilidades de interpretación, aunque paralelamente vengan a añadir nuevos temas de debate.

Veamos algunos ejemplos. Es preciso recordar aquí en primer lugar los trabajos de M. Zvelebil (1986a, 1986b y 1986c) sobre los bosques y las estepas del norte de Europa. En un breve pero interesante artículo de divulgación, publicado en la revista *Investigación y Ciencia* (Zvelebil, 1986), el investigador mencionado abordaba la cuestión de las cerámicas halladas en el contexto de la cultura de Ertebölle, mesolítica. Sugería M. Zvelebil, entre otras muchas cuestiones, que dicho grupo pudo intercambiar pieles por cerámica de los agricultores vecinos (cultura de la cerámica de bandas), establecidos más al sur, que les serviría para almacenar grasa de foca, por ejemplo. Como es sabido, la cultura de Ertebölle se distribuye por el sur de Escandinavia: algunas áreas de Suecia, Dinamarca y norte de Alemania. Se desarrolla entre el 5500 calBC, aproximadamente, y el 4000 calBC (Larsson, 2014: 11). Su economía es de caza, pesca y captura de mamíferos marinos. Destaca su mundo funerario, habiéndose documentado enterramientos en fosas aisladas o en amplias necrópo-

lis (de adultos y niños): Vedbaek o Skateholm. Los grupos de Ertebölle adoptan la cerámica en un momento dado (4700-4600 calBC): recipientes de fondo cónico, decorados con uñadas e incisiones. Yacimientos como Löddesborg, en la costa, proporcionó grandes cantidades de cerámica de Ertebölle y únicamente una pequeña cantidad de la del Neolítico inicial (vasijas en forma de embudo), constatándose la aparición de ambas, juntas, en varios niveles. Estos grupos eran contemporáneos de la mencionada cultura de la cerámica de bandas de Europa continental de la que provienen también las hachas de piedra y asta halladas en yacimientos mesolíticos. Según M. Larsson, como antes sugirió M. Zvelebil, la motivación para comenzar a fabricar cerámica provino de estos agricultores del continente y quizá del este (Larsson, 2014: 15). En cualquier caso, las cerámicas mencionadas no presentan ningún parecido con las de los agricultores, aspecto éste en el que tampoco se ha profundizado excesivamente. En este caso, por tanto, parece que lo adquirido sería la técnica de fabricación, ante la constatación de las posibilidades que ofrecían este tipo de recipientes. Las características de estas vasijas indicarían más bien una tradición distinta a la de la cerámica de bandas y también a la Neolítica inicial nórdica, y todo parece indicar que sería propia de los grupos mesolíticos de Ertebölle.

Una comunicación presentada al Congreso de Bratislava por P.L. van Berg (1991: 413-415) abordaba el tema sobre el que venimos reflexionando: las cerámicas halladas en yacimientos de cazadores. En realidad, la comunicación se refería a las cerámicas “*de cazadores*” y “*de agricultores*” en Europa. Frente a la teoría clásica difusionista, que consideraba que la aparición de la cerámica fuera de las áreas de expansión del Neolítico (por las dos grandes ramas: centroeuropea y mediterránea), en medios mesolíticos o en vías de neolitización, se debería, bien a intrusiones, bien a contactos de los grupos “marginales” con sus vecinos neolíticos más próximos, P.L. van Berg en función de los datos más recientes existentes entonces, proponía ya en aquel momento otras posibilidades.

La base de dichas posibilidades era la evidencia de que cada vez venía incrementándose más la presencia de cerámica en medios depredadores del continente europeo. Ya era conocido este hecho en las áreas de estepas y bosques y en el sur de Escandinavia, como hemos visto. Del mismo modo, la asociación de cerámicas con industrias líticas mesolíticas se venía encontrando en la Gran Llanura polaca, en Pomerania occidental, Baja Sajonia, Países Bajos, Bélgica, fachada atlántica francesa, costa cantábrica y Portugal. Con todo, en los yacimientos franceses y portugueses, descritos a menudo como neolíticos, las cerámicas se asociaban a industrias microlíticas y la agricultura estaba

⁶ Y ahora incluso de las precardiales, tan de actualidad en el estudio

de la cultura material neolítica de la mitad occidental del Mediterráneo.

ausente. Las cerámicas de La Hoguette y de Limbourg, no pertenecientes a la cerámica de bandas pero halladas en medios que sí lo eran, podrían ponerse en relación con grupos neolíticos o, quizá, en vías de neolitización. Volveremos después sobre las mismas. Lo mismo sucedía con la cerámica de la cultura de Vlush (Albania), Obre I (Bosnia) o la de los enclaves mesolíticos en el interior de zonas neolíticas, como el Grupo de Gaban (Alpes italianos) o la primera fase con cerámica de Lepenski Vir (en las Puertas de Hierro del Danubio). No obstante en este momento, quizá cabría revisar algunos de estos hallazgos.

Pero también fuera de Europa se hallaba cerámica en grupos de cazadores o cazadores-pastores de toda la mitad norte del Sahara, Marruecos atlántico o Sudán, así como al este del Valle del Nilo, Siberia, China o Japón. Tanto es así que P.L. van Berg (1991: 414) señalaba: “*Ainsi, quand on considère l'ensemble de la carte, les chasseurs possédant de la céramique n'apparaissent plus comme des populations repoussées vers la périphérie du continent et donc marginalisées, mais c'est le Néolithique céréalière pleinement développé qui semble être une coulée étrangère dans un univers beaucoup plus vaste où la céramique est présente, sans être nécessairement abondante*”.

En Europa, las relaciones entre estos grupos de cazadores-recolectores y los propios del Neolítico cerealista se podían clasificar en dos categorías, en opinión de van Berg. En una de ellas, estas relaciones serían inexistentes (culturas del Dniepr-Donets, Ertebölle⁷, Roucadour, ciertos yacimientos portugueses, entre otras). En este caso, las cerámicas difieren en tecnología, formas y decoración. En la otra categoría, se hallan los estilos influenciados por los del Neolítico cerealista, sin que se asimilen completamente. En este caso, se distinguen, a su vez, dos formas de aculturación:

a) La adquisición de la cerámica está ligada a una transferencia de tecnología, aunque la realización incluya rasgos originales (Vlush, Obre I, Lepenski Vir y Gaban, que derivan de la de Starcevo). Estos ejemplos podrían justificar la explicación tradicional: se encuentran en las vías de penetración o son enclaves en territorio neolítico.

b) Técnicas de fabricación, formas o decoraciones propias de una cerámica neolítica se añaden a lo que parece ser un sustrato local. Sería el caso de la cerámica de Bug-Dniestr (Starcevo) o las de La Hoguette y Limbourg (Cardial atlántico).

La banda cronológica en la que podían situarse estas cerámicas se extendía desde 5800 hasta 4500 a.C. (5880-5000 la de Narva, 5000 la de Ertebölle o 5200-4700 o 5300-5200, algunas de los Países Bajos), según las dataciones con que se contaba entonces. La conclu-

sión sería que, hacia el final del VI milenio a.C., la presencia de cerámica en medios de cazadores o de cazadores-pastores, sin duda ya relativamente sedentarizados, en regiones ricas en productos marinos o en caza, parecía ser la generalidad más que la excepción. Nada hacía pensar que fueran préstamos de los neolíticos más próximos, pero sí que hubiera vías de difusión de la cerámica, propias de estos medios periféricos. La septentrional llevaría desde el este del Báltico a la Baja Sajonia, a los Países Bajos y Bélgica. La segunda, meridional, afectaría a los yacimientos atlánticos y al valle del Loira. Además, las influencias mediterráneas, seguramente cardiales, se superpondrían al sustrato mesolítico en las cerámicas de La Hoguette y de Limbourg. ¿Cómo se realizaría esta difusión? P.L. van Berg (1991: 415) lo explica así: “*Ces interactions ne supposent ni d'éplacement massif de populations, ni circulation de grandes quantités de poteries, mais plus probablement des circulations limitées d'hommes, d'idées et de biens, en sorte que chacun des groupes envisagés en vient à réaliser avec ses matériaux propres des poteries qui donnent malgré tout une relative impression d'unité, soit par la présence d'os ou de coquille dans la pâte, soit par leur cuisson défectueuse, ou encore par leurs fonds coniques et leur panse ovoïde*”.

Más recientemente, K. Mazourí (2007) valoraba de nuevo las cerámicas de La Hoguette o de Limbourg. Si pensamos en ellas y su parentesco con los grupos mesolíticos, tendríamos un panorama complejo en áreas no mediterráneas (Mazourí, 2007). Dichas cerámicas constituyen la entrada de la cerámica en contextos mesolíticos sin estar acompañadas por prácticas ganaderas. Según K. Mazourí (2007: 189), entre 5500 y 5000 calBC, una amplia zona de adaptación, ocupada por grupos del Mesolítico final, se integra en un proceso de difusión que conlleva la producción de la cerámica. Para la primera (La Hoguette) defiende un origen en el Cardial y Epicardial del Languedoc y Cataluña (Mazourí, 2007: 192) (datos del nivel III de la Grotte Gazel). La segunda (Limbourg), en cambio, se ha relacionado con el Neolítico antiguo de Provenza y Liguria, especialmente con la cerámica epicardial, cuestión que también veremos después. En todo caso, sería preciso determinar los jalones intermedios de ambas difusiones. K. Mazourí (2007: 198-199) cree que la formación de los citados grupos del Mesolítico final fue paralela a la aparición del Neolítico en la costa meridional francesa a partir del 5800 calBC. Constituirían un primer horizonte neolítico que el avance de la cerámica de bandas centroeuropea haría desaparecer.

Por lo que se refiere a ámbitos cercanos a la Península Ibérica, el análisis petrológico llevado a cabo por

⁷ Frente a la hipótesis antes mencionada de M. Zvelebil (1986).

W.K. Barnett (1990), asimismo sobradamente conocido, planteaba cuál era el carácter de las diversas producciones, de las redes y de los sistemas de distribución para cerámicas impresas del valle del Aude (Languedoc), que alcanzaban a la Balma Margineda (Andorra). Estas vasijas estaban fabricadas con materias primas disponibles en todo el Mediterráneo occidental, por lo que, en opinión del autor, no se consideraron valiosas como materiales raros en sí mismas, sino por lo que contenían o por lo que alguna en particular representaba. Balma Margineda, en concreto, ofreció diez vasijas fabricadas localmente y una cardinal de procedencia desconocida, posiblemente española⁸. A través de los movimientos que dichas cerámicas parecen reflejar se pueden deducir distintos patrones. De hecho, Barnett (1990: 864) pensaba que tales estudios podrían utilizarse para investigar movimientos de bienes materiales entre los grupos de cazadores-recolectores en transición (aquellos en los que se está produciendo la neolitización). En el área de estudio y en alguna ocasión, parece tratarse de movimientos trashumantes propios de una economía de transición al Neolítico antiguo. Es el caso de Jean Cros (Aude), situado en el límite entre zona de valle y de montaña, donde se hallaron producciones foráneas que constituían la totalidad de las analizadas. Son recipientes sin decorar y destinados a usos primarios, llevados durante los movimientos estacionales de cazadores o pastores que utilizaron el yacimiento como un refugio temporal. En otros casos se trata de intercambios entre límites étnicos o sociales (valle del Aude y Andorra), fundamentalmente de cerámica cardinal e impresa. Parecen haber sido transportados como ofrendas funerarias o regalos, ya que la dirección seguida no indica movimientos cíclicos y sí el atravesar regiones geográficas diversas.

Hay, por otra parte, una unidad en cuanto a la tecnología. La producción doméstica se encuentra individualizada en cada yacimiento, al igual que las decoradas de las áreas vecinas. Más raras son las cardiales o impresas altamente decoradas que se hallan a mayores distancia del lugar de manufactura. Asumiendo que la decoración representa un marcador social, el movimiento de la cerámica puede reflejar fronteras sociales. En ese sentido, según Barnett (1990: 864), la cerámica doméstica forma una unidad decorativa que refleja una unidad social en cada yacimiento. El intercambio a pequeña escala de vasijas decoradas de forma similar a la del grupo que la recibe indicaría el establecimiento de alianzas locales. El intercambio a larga distancia de

recipientes altamente uniformes podría sugerir una red de prestigio entre grupos. Éste podría estar detrás del intercambio establecido para materiales de fuentes más restringidas (obsidiana o útiles pulimentados). Pero puede pensarse también que otros materiales que quizá no se han conservado pudieron formar parte de esos intercambios. Así, el grueso de los mismos podría haberlo constituido los productos alimenticios y ser un importante aspecto de la economía del Neolítico antiguo. En todo caso, encontraríamos aquí dos tipos cerámicos: los no decorados, con una función utilitaria, utilizados por poblaciones con una alta movilidad, y los decorados (cardiales), como expresión de otras necesidades sociales, aspecto al que también aludía en su momento J.M. Vicent (1990), como ya se ha mencionado.

En la misma Península Ibérica, por ejemplo, dejando a un lado la problemática de los grupos precardiales, que constituye un reciente e importante debate en el que por razones de espacio no podemos entrar⁹, diversos investigadores no han dejado de percibir la existencia de yacimientos de cazadores-recolectores con cerámica, señalándolo así en distintos modelos y secuencias. De igual modo, hasta donde hemos podido ver, algunos investigadores españoles y de más allá de nuestras fronteras han defendido y defienden la existencia de redes de intercambio, precedentes, instauradas ya entre los cazadores-recolectores mesolíticos, por las que podrían haber circulado elementos de origen foráneo, como las especies domésticas, al modo como exponía J.M. Vicent. La circulación de elementos por esas redes, de vecino a vecino, ha podido ser tan rápida y eficaz como la colonización tradicionalmente defendida (Bernabeu, 1996, 2006 y un largo etcétera). Veamos, sin embargo, como cada investigador interpretaba este hecho, en una selección de tales modelos y secuencias.

C. Olaria replanteaba en 1994 la cuestión de la neolitización del País Valenciano desde el punto de vista de la calibración de las dataciones radiocarbónicas existentes, al tiempo que expresaba su desacuerdo con periodizaciones al uso, si bien la suya difería poco de las propuestas duales anteriores. En todo caso, distinguía un Neolítico antiguo de cazadores-recolectores/pastores (ca 6000-5000 calBC) y un Neolítico antiguo de pastores-agricultores (ca 5000-4500/4000 calBC). En su opinión, probablemente en la segunda de las etapas epipaleolíticas definidas (Mesolítico con industrias geométricas, datado entre 7000 y 6000 calBC), se producirían los cambios sustanciales de la neolitización (Olaria, 1994: 23). Por otra parte, se constataba en su

⁸ Los análisis del yacimiento andorrano (Barnett, 1990) indicaron que diez de los once fragmentos seleccionados fueron fabricados por los habitantes del yacimiento. Sin embargo, la composición de la pasta del fragmento cardinal (la arcilla fundamentalmente), señalaría un origen foráneo al yacimiento.

⁹ En esencia y por lo que se refiere al tema que tratamos, la cuestión sería la misma que para la cerámica impresa cardinal: ¿han circulado igualmente las precardiales por las redes de cazadores-recolectores mesolíticos mediterráneos?

opinión un primer proceso de neolitización visible en la cultura material y en la economía (6000-5000 calBC) y una segunda etapa del Neolítico antiguo, con asentamientos plenamente neolíticos y economía productora entre el 5000 y el 4500 calBC. En un cierto momento ambos serían contemporáneos.

Pero seguramente lo más interesante para nosotros es la “convivencia de culturas” en un marco muy variado que C. Olaria (1994: 26) percibía de la siguiente manera:

1.- Asentamientos con cerámica y sin economía de producción.

2.- Asentamientos con elementos neolíticos e incipiente domesticación y/o control de ciertas especies animales.

3.- Asentamientos con elementos neolíticos y plena domesticación de ciertas especies.

4.- Asentamientos con un conjunto rico y variado de elementos neolíticos y una economía productiva plena.

La variabilidad del registro material obligaba a esta investigadora a distinguir hasta cuatro tipos de asentamientos, de los cuales nos interesa aquí el 1. Pero personalmente no lo expresaría como «convivencia de culturas», sino de grupos que desarrollan adaptaciones distintas dependiendo de múltiples factores.

Aproximadamente en las mismas fechas, T. Schuhmacher y G.C. Weniger (1995), por su parte, distinguían igualmente cinco tipos de yacimientos con distintas combinaciones de elementos del Epipaleolítico y el Neolítico que, por cierto, se superponen en el este de la Península entre el 6500 y el 5500 calBC:

1. Yacimientos exclusivamente de cazadores (fauna silvestre y microlitismo).
2. Yacimientos de cazadores con cerámica (se añade la cerámica a los rasgos anteriores).
3. Yacimientos con testimonios de caza y pequeñas cantidades de animales domésticos (industria lítica y cerámica).
4. Yacimientos con abundantes animales domésticos y escasos restos de caza (industria lítica y cerámica).
5. Yacimientos con abundantes animales domésticos, cereales y un papel importante de la cerámica. Los elementos propios de los cazadores son marginales.

En otro orden de cosas, pero vinculado a la tipología anteriormente descrita, en una amplia zona que incluía el área mediterránea, valle del Ebro y zonas de montaña adyacentes, así como el resto de Cataluña y en el sur las áreas premontañosas de la Meseta oriental y algunas de Murcia (Schuhmacher y Weniger, 1995: 84), era posible según los autores diferenciar tres grupos:

A. Epipaleolíticos: sus yacimientos muestran una subsistencia de cazadores-recolectores sin elementos neolíticos (8406-6049 calBC). A veces,

niveles de los del grupo A aparecen en el B lo que indicaría un proceso de aculturación.

B. Epipaleolíticos con cerámica y/o animales domésticos: son fundamentalmente cazadores-recolectores con cerámica o con cerámica y domesticación de ovicaprinos (6540-4719 calBC). La cerámica es lisa, impresa no cardial, incisa y con decoración plástica, pero también impresa cardial.

C. Neolíticos con cerámica sobre todo cardial y economía productora: animales domésticos y/o cereales (que pueden aparecer o no) (5956-4540 calBC). A partir de aquí se iniciaría ya la economía plenamente neolítica (Schuhmacher y Weniger, 1995: 87-90).

Observaban ambos investigadores que, con la excepción de Balma Margineda (Andorra), todos los yacimientos de tipo C parecían de nueva fundación y se hallaban en llanura o en la parte baja de las sierras colindantes. Sin embargo, las principales dificultades para su estudio residían en que existían ciertas lagunas geográficas, en que en algunos de ellos se habían excavado exclusivamente zonas restringidas y en que en otros las excavaciones eran antiguas ya entonces. En todo caso, el tipo 2 y el grupo B encajarían con la problemática que venimos analizando.

T. Schuhmacher y G.C. Weniger consideraban que a partir de los datos estudiados se podían elaborar tres modelos:

1. El de “los dos mundos” (“modelo étnico”) que contempla la existencia de dos poblaciones diferentes: una en la costa (los neolíticos con cerámica, domesticación y cultivo de cereales) y otra en zonas montañosas del interior (epipaleolíticos con caza). Ambas poblaciones mantienen contactos e intercambio de productos (cerámica y animales domésticos). Respondería al Modelo dual ofrecido inicialmente por los investigadores valencianos y después por otros.
2. El “del mundo único” con elementos del Neolítico, pero sin constituir una forma de vida asentada, sino con campamentos centrales desde donde en ciertas épocas todos o parte del grupo intentan aprovechar la caza, las materias primas y el pastoreo en campamentos estacionales.
3. El modelo de “mosaico” que ofrece un amplio espectro de diferentes formas de subsistencia que, según las zonas, pueden ser neolíticos o cazadores. Ofrecen una imagen heterogénea con la utilización de campamentos temporales y el aprovechamiento de múltiples fuentes de subsistencia. Este último sería a mi juicio el que mejor se corresponde con la documentación arqueológica. Pero, por lo que se refiere al tema central del artículo, éste podría plantearse en cualquiera de los tres modelos.

Sin embargo, para los autores resultaba difícil defender una sola posición. El origen de la cerámica, el pastoreo y la agricultura habrían de ser tratados, a su juicio, independientemente de los modelos citados, pero la autoctonía sería la explicación más difícil de defender para las especies por la falta de agriotipos en la Península. Es de destacar que a pesar de lo señalado afirmaban: «*Si examinamos los yacimientos llamados neolíticos, su cultura material y su extensión, además del patrón de asentamiento en cuevas y abrigo no parecen tan distintos de los yacimientos con una subsistencia plenamente cazadora*» (Schuhmacher y Weniger, 1995: 94). La aparición del cambio en otras zonas en momentos distintos reforzaba la idea de que el Neolítico no fue introducido por nuevos inmigrantes y que los grupos de cazadores indígenas integraron ideas nuevas (y elementos neolíticos de utilidad para ellos, añadido yo) en su tradicional forma de vida. En todo caso, ambos investigadores se decantaban por el modelo 3 como el de máxima posibilidad a la vista de los datos etnohistóricos y de los argumentos anteriores. Por otra parte, los tres grupos antes señalados (A, B y C) corresponderían desde el punto de vista teórico a un proceso de aculturación o al modelo propuesto por Zvebil y Rowley-Conwy. Pero el establecimiento de los modelos finales sería más bien el reconocimiento de patrones a través de los datos analizados. A mi modo de ver, T. Schuhmacher y G.C. Weniger percibían claramente la variabilidad existente en los testimonios arqueológicos, aunque los yacimientos utilizados en el estudio fueran los habituales en la investigación del proceso de neolitización.

Abundando aún más en el tema, otras vías de investigación quedan abiertas. Según las tesis de van Willingen (1999) sobre el Epicardial francés, estaríamos tratando con dos grupos culturales distintos, éste y el Cardial contemporáneos en algún momento, debiendo comprobarse en todo caso si estas diferencias podían hacerse extensivas a la industria lítica y a la economía, lo que a simple vista no parece, al menos en la Península Ibérica¹⁰. Sería igualmente interesante contemplar las relaciones entre el Mesolítico y el Epicardial y en particular investigar si la ruptura de la industria lítica entre el Castelnoviense y el Cardial Clásico evidenciada en Provenza por D. Binder se produce igualmente entre el Mesolítico Final languedociense y el Epicardial (van Willingen, 1999: 577). En todo caso, los interrogantes serían idénticos a los planteados para el origen del Cardial.

Más recientemente, el yacimiento de Mendandia (Sáseta, Treviño), con cerámica no impresa, permitía abogar por la existencia de relaciones con otro ámbito distinto del mediterráneo y del de las cerámicas impresas, en un proceso más cercano a lo sucedido con los mesolíticos nórdicos y su adquisición de la cerámica (no de la economía productora), cosa que parece haber sucedido aquí. La ausencia de economía de producción (Alday, 2005: 633) avalaría aún más este paralelismo, enmarcándose en los cada vez más frecuentes grupos de cazadores-recolectores con cerámica. Las dataciones del citado yacimiento, obtenidas sobre restos de fauna, son ambas del nivel III superior (7210±80 BP: 5967-6119 calBC y 7180±45 BP: 5968-6040 calBC). La buena conservación de los restos faunísticos de donde se obtuvieron y los bajos valores de las desviaciones (entre ±40 y ±70), además de la coherencia interna de la serie, les confieren una clara fiabilidad en opinión de A. Alday (2005: 107).

Este mismo investigador proponía más tarde un modelo sobre la neolitización peninsular que denomina participativo (Alday, 2012: 87), en lugar de indigenista, por razones ampliamente expuestas en la referida publicación a la que remito. Defiende que la participación de los grupos peninsulares del Mesolítico final fue decisiva en la formación del Neolítico, si bien se señala igualmente la influencia oriental de donde llega “todo lo necesario para poner en marcha la economía de producción”, incluyendo aportación de gentes. Las conclusiones para establecer dicho modelo son varias (Alday, 2012: 86). El C14 indica que esa transición se produjo alrededor del 5700 calBP (pocos yacimientos mesolíticos se encuentran más allá de ese límite cronológico). A partir de esa fecha surge una documentación arqueológica neolítica consolidada, al tiempo en la costa y en el interior. Solo se puede entender el proceso de neolitización peninsular con la participación de los mesolíticos, que explicaría la coexistencia de los restos del Neolítico antiguo y del Mesolítico, así como la rapidez del fenómeno: el hallazgo de documentación arqueológica neolítica en áreas teóricamente marginales con fechas antiguas. Seguramente, las redes de explotación mesolíticas pueden estar detrás de este proceso, a juicio de A. Alday¹¹.

En las mismas fechas, las nuevas cronologías permitían argumentar de forma opuesta a las propuestas tradicionales sobre la neolitización peninsular. En 2012, Sofía Sanz González analizaba las fechas existentes en ese momento para la Península (1091 fechas),

¹⁰ ¿Podría deberse este hecho a que la problemática de ambos grupos es muy similar por lo que se refiere a su aparición y relaciones con las poblaciones mesolíticas? En todo caso, profundizar en esta cuestión sería clave para resolver incógnitas vinculadas al origen de los dos grupos.

¹¹ Cabe observar que los elementos que tradicionalmente han constituido el conjunto material neolítico, la cerámica en este caso, se viene calificando como tales automáticamente. Sin embargo, a la vista de su utilización al menos (no se plantea aquí su invención) por cazadores-recolectores, ¿no sería mejor no adscribirlos sin más al mundo neolítico?

valorándolas desde todo punto de vista (contexto en el que fueron tomadas las muestras, fiabilidad de éstas y del laboratorio, contexto cultural, etc.). Dejando aparte determinadas conclusiones que no es posible exponer aquí, una vez valoradas las dataciones, Sofía Sanz concibe la neolitización peninsular como un fenómeno de “tierra adentro” (los yacimientos más antiguos son los del interior peninsular y los del Prepirineo central: primera mitad del VI milenio calBC). Los yacimientos de la costa se sitúan a mediados y últimos cuarto del VI milenio calBC. En su opinión, las propias comunidades cazadoras-recolectoras adoptaron las innovaciones en la economía y la tecnología, descartando la colonización por gentes foráneas. Del mismo modo, Sofía Sanz aboga también por la continuidad de las redes de intercambio y de relaciones sociales existentes entre los grupos del Epipaleolítico (Sanz, 2012: 1733). Por todo ello, dicha investigadora opina que el modelo que mejor se ajusta a los datos es el de capilaridad, propuesto por J.M. Vicent, ya aludido (Sanz, 2012: 1718), defendiendo también uno de tipo mosaico para el poblamiento peninsular.

En 2014, I. García-Martínez de Lagrán planteaba una nueva hipótesis sobre la neolitización de la Alta y Media Cuenca del Ebro y de la Submeseta norte. Estando o no de acuerdo con la misma, no muy diferente al Modelo dual y de colonización, aunque se admita la progresividad en la adquisición de los rasgos y tecnología neolíticos, también en su análisis se detectan tres grupos de yacimientos y en sus planteamientos teóricos se habla de las redes de intercambio mesolíticas por las que circularon elementos neolíticos (García-Martínez de Lagrán, 2014: 84). El primero de los grupos: campamentos especializados mesolíticos con elementos neolíticos, sería el que sobre todo ejemplificaría lo que venimos señalando (García-Martínez de Lagrán, 2014: 86)¹². Su cronología se extendería desde las dataciones del nivel III superior de Mendandía, ya aludidas, hasta el nivel 6 de Botiquería (5060-4790 calBC). En ellos, cuevas y abrigos, el número de fragmentos cerámicos es escaso¹³, pudiendo distinguirse dos estilos: uno más antiguo (con composiciones sencillas bajo el borde, realizadas con una única técnica decorativa) y otro con mayor complejidad decorativa, con características comunes en este segundo que irían desde el sur de Francia a Andalucía (García-Martínez de Lagrán, 2014: 89). Serían fruto de intercambios con los grupos neolíticos. De cualquier manera, la presencia de estos elementos sería una prueba de la interacción inexistente. Y al igual que en otros casos y por otros investigadores, el hecho de que en Mendandía estos supuestos intercambios se dieran antes del 5700-5600 calBC, es considerado

como una anomalía por el autor. Obviamente, no puede ser de otro modo si se explica la neolitización por colonización, caracterizada por la dualidad en la documentación material y con relaciones “maestro-aprendiz”, al menos por lo que respecta a la agricultura y a la ganadería (García-Martínez de Lagrán, 2014: 84).

Serían estos algunos de los casos relacionados con la presencia de vasijas en contextos de cazadores-recolectores, pero no todos. No se ha pretendido efectuar una recopilación exhaustiva y sistemática algo que, por otra parte, no permitiría el espacio de que disponemos. En todo caso, creo que los mencionados son suficientes para plantear determinadas posibilidades de trabajo.

En resumen y recapitulando las explicaciones que hemos venido exponiendo, parece evidenciarse la existencia de redes de intercambio y/o interacción entre los mismos cazadores-recolectores o entre ellos y los agricultores (también entre estos segundos, aunque no entro aquí en esa cuestión) y la adquisición de la cerámica por algunos grupos de cazadores-recolectores. Por otro lado, las cerámicas halladas en contextos de cazadores-recolectores dentro o fuera de la Península Ibérica apuntarían a los siguientes tipos de motivaciones, que no tienen por qué ser las únicas en el ámbito arqueológico:

- Adquisición de la cerámica por su utilidad como contenedor de distintos productos.
- Utilidad como elemento culinario.
- Intercambio como regalo o expresión de otro tipo de obligaciones sociales.

Y por lo que respecta a su origen:

- Adquisición a partir de grupos vecinos agricultores.
- Fabricación por propia iniciativa (sugerencia de Larsson para Ertebölle), lo que llevaría a otro interrogante: ¿adquisición de la técnica o descubrimiento de la propia población?. Cabe suponer también que, entonces, estas cerámicas llevarían la impronta del grupo: rasgos que permitieran identificar una tradición diferente con su carga simbólica correspondiente. Distintas, en definitiva, de las adquiridas.

Pero, podría plantearse un mayor número de situaciones que, sin duda, serán distintas en cada caso y también intentar recabar más datos tanto en sociedades prehistóricas, como en sociedades vivas. Sin lugar a dudas, los estudios petrográficos, pero sobre todo los de carácter técnico en general, así como los puramente morfológicos (la identificación de las tradiciones tan de moda hoy en Etnoarqueología o estilos) serían clave también para explicar las características del depósito arqueológico.

¹² El segundo de los grupos lo constituirían los neolíticos pioneros (anteriores al 5400-5300 calBC) y el tercero serían los neolíticos consolidados/Neolítico antiguo (a partir del 5400-5300 calBC).

¹³ De hecho, la escasez de los elementos neolíticos, impidió que se consideraran campamentos neolíticos de caza.

gico. Pero sin duda la Etnoarqueología puede aportar un buen número de posibilidades de interpretación y también de argumentos para el debate.

Vistos los anteriores ejemplos, ¿qué novedades aporta la Etnoarqueología al estudio de las cerámicas en contextos de cazadores-recolectores? La respuesta sería que, como es habitual, el conocimiento de aspectos que únicamente pueden documentarse en sociedades vivas, especialmente importantes aquí. Así, aún a riesgo de parecer “analogistas directos”, veamos un interesante caso estudiado en EE. UU y sus implicaciones arqueológicas. Dicho caso plantea además otras posibilidades distintas a las ya sugeridas en la exposición de los casos prehistóricos que merece la pena tomar en consideración, razón por la que lo he seleccionado entre otros existentes. Por mi parte, al analizar el estudio en cuestión intentaré ir señalando las implicaciones arqueológicas que se derivan de sus distintas facetas.

Se trata de la investigación llevada a cabo por M.E. Beck (2009), sobre el intercambio de cerámicas en Papaguería occidental en el suroeste norteamericano¹⁴, trabajo que está vinculado al tema de las relaciones entre sociedades en principio asimétricas: cazadores-recolectores y agricultores y, de forma importantísima, a la formación del depósito arqueológico, como sucede en otros muchos estudios etnoarqueológicos, habida cuenta de la relevancia que tiene esta segunda cuestión en las implicaciones puramente arqueológicas.

Por lo que se refiere a los planteamientos de la citada investigación, la autora resumía así una situación teórica general, que constituía su punto de partida (Beck, 2009: 320). Después de la aparición de la agricultura, con el consiguiente incremento de densidades de población y de intensificación agrícola, algunos cazadores móviles, forrajeros y horticultores a tiempo parcial, obtenían a menudo cerámica de los poblados vecinos. Los grupos móviles estaban firmemente implicados en los patrones regionales de interacción e intercambio, algo que parece confirmarse en los casos de época prehistórica de páginas anteriores. Algunos de estos factores les estimulaban al uso de vasijas hechas por los vecinos sedentarios, siendo los factores que podían desanimarles menos significativos de lo que se pensaba con anterioridad: las cerámicas fabricadas por los grupos agricultores sedentarios eran tan adecuadas para las tareas y los patrones de asentamiento de los grupos móviles como las elaboradas por estos mismos (Beck, 2009: 320). Habida cuenta de la probable frecuencia con la que los grupos móviles desechaban las

cerámicas fabricadas por sus vecinos sedentarios, los arqueólogos deberán tener en cuenta esta situación, sobre todo aquellos que trabajan con las cerámicas halladas en pequeños yacimientos remotos, en los que la cerámica estará seguramente alejada de los lugares donde fue fabricada, cuestión sobre la que volveremos más adelante. Una primera implicación arqueológica, por tanto, se relacionaría con la formación del depósito arqueológico y su interpretación.

Continuando en el plano teórico y esta es a mi modo de ver la novedad más destacada del trabajo, la autora propone utilizar la tecno-función de las vasijas, junto con otros datos, para situar yacimientos individuales en un sistema más amplio. La citada tecno-función, más que diagnosticar tipos cerámicos, podría ser útil para asignar estos yacimientos a tradiciones culturales particulares y para entender patrones de uso del territorio (Beck, 2009: 320). Según los conceptos que maneja Beck, no se trataría tanto de socio-función (la comunicación de relaciones sociales) o ideo-función (la comunicación de valores e ideas), que en cualquier caso también han jugado importantes roles. En otro orden de cosas, se ha trabajado sobre el intercambio de vasijas completas, aunque se ha constatado que los fragmentos han sido útiles como herramientas y han sido susceptibles de ser intercambiados igualmente (Beck, 2009: 321). En este caso, las implicaciones arqueológicas serían sobre todo dos: la atribución a tradiciones culturales concretas y la forma de uso del territorio¹⁵.

Cabe resaltar que el estudio se centra fundamentalmente en las cerámicas fabricadas por los vecinos sedentarios de los grupos móviles de la zona aludida, por los siguientes motivos. El primero y principal sería que en ella, la movilidad residencial tiende a limitar la manufactura cerámica, ya que las materias primas adecuadas, el buen tiempo, y la permanencia el tiempo suficiente en un lugar para completar la manufactura raramente están disponibles todas a la vez. Por ello, una solución es adquirir las vasijas de los vecinos sedentarios. Por otra parte, después de la aparición de la agricultura y el consecuente aumento de la población e intensificación agrícola ya mencionados, algunos de los grupos móviles ya no eran “*hunters living in a world of hunters*” (Beck, 2009: 321), sino que vivían próximos a poblaciones sedentarias productoras de cerámica. De ese modo, las cerámicas se obtenían fácilmente y la gente y la información, al igual que los objetos, se movían frecuentemente entre grupos interdependientes. Por ello no sorprende que estos grupos móviles integraran las cerámicas en sus patrones de subsistencia

¹⁴ Esta zona es la parte más cálida y seca del desierto de Sonora, en el suroeste de Arizona y el noroeste de Sonora. Esta región y el uso de territorio que se observa en ella han sido objeto de estudio en repetidas ocasiones por investigadores tanto norteamericanos como mexicanos.

¹⁵ Sin embargo, el intercambio de fragmentos cerámicos con otra función tendría que ser igualmente tenido en cuenta a la hora de “leer” los depósitos arqueológicos. Así, por ejemplo, en algunas poblaciones actuales, las vasijas rotas se utilizan para poner el alimento a los animales, siendo ésta una de sus posibles formas de reutilización.

y de asentamiento, las manufacturaran ellos o no. Es evidente que esto daría la razón a los arqueólogos que defienden la necesidad de una dualidad de poblaciones, unas ya neolitizadas de las que proceden los elementos neolíticos y otras no productoras receptoras y demandantes de determinados elementos, tal como se perfila en el escenario actual elegido por M.E. Beck. Pero del mismo modo se evidencia el contacto entre grupos y la integración de elementos foráneos en las formas de vida propias.

En opinión de dicha investigadora, estas cerámicas fabricadas por poblaciones vecinas no han recibido la misma atención que las elaboradas por los mismos grupos, pero tienen idéntica importancia cuando se interpreta el resto arqueológico. Por regla general, el uso y desecho de las mismas se produce en yacimientos remotos, alejados del poblado en el que se fabricaron. Así, cuando se usan vasijas de los dos tipos, el resultado es una mezcla de restos en la superficie de los yacimientos de corta ocupación y la aparición de cerámicas de poblado en el territorio de los forrajeros¹⁶. Tales conjuntos mezclados se encuentran en el oeste de EE. UU., incluyendo el suroeste de Arizona y el valle de Las Vegas. Como se ha señalado al inicio, la autora opina que se podrán identificar e interpretar mejor los yacimientos de los grupos móviles centrándose en la función de las vasijas y no tanto en la tipología, por los motivos que veremos más adelante.

En cuanto a la metodología empleada, los datos etnográficos utilizados para comprobar estas hipótesis de punto de partida se recopilaron en distintas etapas. Con todo, el estudio llevado a cabo en Papaguería occidental no estuvo exento de dificultades (descripciones vagas de las que partir, falta de descripciones cerámicas, etc.). En primer lugar, se realizó una revisión bibliográfica en la que se hizo hincapié en tres cuestiones principales:

- Se describió el uso y transporte de la cerámica por los grupos móviles en general, fuera fabricada por ellos o no, concluyendo que aunque la cerámica encaja más con grupos sedentarios, no tiene por qué ser exclusiva de ellos.
- Se describieron los ambientes sociales que favorecían el uso de la cerámica por grupos móviles, incluyendo la adquirida a los vecinos sedentarios.
- Se tuvo en cuenta la composición global del conjunto cerámico de determinados grupos (Beck, 2009: tabla 1). Cabe resaltar que aquellos que manufacturaban cerámica, que a su vez ha podido ser igualmente intercambiada, también poseían

vasijas fruto del intercambio (Beck, 2009: 322-323), lo cual venía a complicar aún más la mezcla de la documentación material.

En todo caso, algunos de los datos de carácter general obtenidos finalmente fueron los siguientes:

- Los grupos que adoptan la tecnología cerámica fabrican vasijas que encajen en sus necesidades funcionales y sociales y en sus planes de trabajo.
- Los grupos móviles usan la cerámica, propia o no, por las mismas razones que los agricultores sedentarios, es decir que el uso por unos y otros no es cualitativamente diferente: fundamentalmente para mejorar el almacenamiento y para procesar el alimento más intensivamente a través de la cocina.
- En general, las cerámicas muestran una serie de ventajas sobre otros recipientes: son estancas y resistentes a las plagas, dos cualidades especialmente importantes para el almacenamiento de semillas y otros elementos perecederos, pueden ser calentadas directamente al fuego, haciendo más fácil la cocción del contenido durante un periodo largo, pueden ser usadas para fermentar líquidos¹⁷ y para las técnicas de preparación del alimento que requieran un cocimiento largo o una maceración, como el procesamiento del álcali. Las más grandes son adecuadas para cocinar grandes cantidades de alimento con destino a acontecimientos especiales y permiten el uso de ingredientes de larga cocción, como en la preparación del *tesguino* Tarahumara (Beck, 2009: 327).

Sin embargo, conviene detenerse en aspectos más concretos abordados en la investigación. Cuando la cerámica es ampliamente aceptada y fabricada en una región, los grupos móviles pueden elegir entre fabricarla ellos o adquirirla, como se ha visto. En todo caso, hay que plantearse de qué modo encaja en la sociedad de los grupos móviles. En la mayor parte de los casos puede coincidir con sus necesidades techno-funcionales (Beck, 2009: 327), pero para estos grupos puede tener otros usos distintos a los de los sedentarios. Muchos de los referidos grupos del oeste de EE. UU. o, por ejemplo, los Seri de la costa de Sonora en México, esconden provisiones alimenticias en vasijas cerámicas, a menudo en cuevas en las que frecuentemente encuentran cerámicas de periodos antiguos¹⁸. Los Seri utilizan también la cerámica para almacenar y transportar agua, importantísima en un medio árido como el suyo. De hecho es el único caso en Etnografía, en el que un grupo móvil

¹⁶ Ésta sería la tercera de las implicaciones arqueológicas de la investigación a tener en cuenta por el arqueólogo cuando interpreta el depósito arqueológico: la mezcla de restos.

¹⁷ Véanse los casos de elaboración de posible cerveza, ya en el Neolítico peninsular, como el de la Cueva de Can Sadurní (Barcelona) (Blasco, Edo y Villalba, 2008), por ejemplo.

¹⁸ También este hecho plantearía un problema de interpretación para el arqueólogo.

use cerámica para solventar un único problema relacionado precisamente con la movilidad (Beck, 2009: 327). Por otro lado, los Seri constituyen el único grupo del suroeste de EE. UU. que nunca ha practicado la agricultura. En su periodo histórico más antiguo cazaban, recolectaban plantas silvestres y pescaban, ahora viven en pueblos de pescadores a lo largo de la costa. El agua más que el alimento ha constituido el factor limitante para estos grupos, aunque tienen pozos de agua permanente y temporales mucho más numerosos. Los permanentes pueden ser manantiales con estanques de varios metros de diámetro o bien pozos. Los temporales se llenan después de la lluvia. Los Seri aumentan su aprovisionamiento de agua agrandando los estanques y cavando en los lechos secos de lagos. Familias o grupos de familias tienen su territorio con sus puntos de agua, pudiendo volver a éste cuando el alimento y el agua lo permiten, pero también formar grupos más amplios cuando las fuentes temporales se secan (Beck, 2009: 328). Presentan una movilidad residencial frecuente, moviendo los campamentos cuando escasean el alimento o el agua, por lo que los mencionados campamentos pueden estar ocupados desde pocos días a un mes al menos. Las necesidades de aprovisionamiento las resuelven instalando sus campamentos cerca de la costa (obtención de alimento) y transportando el agua hasta allí. Seguramente la función más importante de las vasijas es esta. Su cerámica se ha denominado de cáscara de huevo por sus paredes finas y duras con una porosidad muy baja. Hay no obstante otros contenedores (estómagos de tortugas, por ejemplo). En la actualidad, transportan el agua en contenedores de metal.

Otro caso distinto sería el relacionado con las tareas culinarias. Se pueden usar también otros recipientes para cocinar, sobre todo si se emplean técnicas de cocina en seco, aunque estas técnicas son adecuadas solamente para la carne y para algunos vegetales. Pero la cocina con caldo (guisos, sopas...), necesita de la cerámica, de la que sería una de las principales funciones (Beck, 2009: 328-329). Para este tipo de cocina la cerámica se puede usar incluso cuando no está expuesta directamente al fuego o cuando se utilizan piedras calientes. Una vez adoptada la cerámica puede ser usada para preparar alimentos cultivados, cazados o recolectados, funciones todas ellas para las que es empleada entre los grupos móviles.

Un aspecto de especial relieve es la movilidad, como mencionábamos al inicio. En este trabajo se ha visto que la misma no excluye la cerámica, pero influye su manejo y almacenamiento de forma que puede afectar a los patrones de adquisición de vasijas y, desde luego, a la deposición de estas en la documenta-

ción arqueológica. Posibles ajustes a la movilidad han podido incluir hacer las vasijas más fáciles de transportar y evitar el transporte (Beck, 2009: 330). A ese respecto, algunos grupos móviles tienen pocas vasijas y las llevan todas consigo cuando mueven el campamento (Tuaregs, Teda y Chambaa tiene una, dos o pocas vasijas). Otros seminómadas fabrican vasijas sólo ocasionalmente. Una forma de restringir su número es usar cerámicas únicamente para cocinar, fabricando las destinadas al almacenamiento de agua o a otras necesidades con otros materiales (Bosquimanos o los Apache Chiricahua). Determinados sistemas incluyen la protección de las vasijas al transportarlas, hacerlas más ligeras (paredes más finas o vasijas más pequeñas, así como otros recursos técnicos) o proveerlas de perforaciones o apéndices para ayudarse en el transporte (Beck, 2009: 331). Una alternativa a éste es la ocultación de algunas vasijas en lugares a los que se vuelve periódicamente. A veces se dejan en habitaciones, como el mobiliario, para ser usadas en futuras reocupaciones. Algunos de estos grupos abandonan parte de su equipo material cuando mueven el campamento (por ejemplo los Mbuti, a excepción de los elementos de metal, o los beduinos del sur de Irak que no llevan consigo sus vasijas sin cocer¹⁹) (Beck, 2009: 331).

Pero también existen otros factores que tienen que ver con los aspectos sociales. Se trata del intercambio propiamente dicho, objeto del trabajo que venimos analizando y que resulta de gran interés. En todo el mundo, a menudo, los forrajeros han establecido relaciones de interdependencia o de cooperación con los agricultores y pastores vecinos en interacciones simbióticas. Pueden ser ocasionales entre amigos o entre compañeros de intercambio o pueden abarcar múltiples generaciones. Muchas de estas relaciones incluyen intercambios regulares de alimentos y pueden variar dependiendo del entorno y de los alimentos disponibles. Pero las relaciones de tipo económico frecuentes no tienen por qué desarrollar la existencia de relaciones de intercambio más formales. Cuando el aprovisionamiento varía de forma impredecible o es redundante (cuando incluye bienes que ambas partes pueden fabricar u obtener por sí mismas), los compañeros de intercambio formales pueden no desarrollarse. En ese caso, los bienes que se desean pueden no obtenerse directamente del productor, sino a través de un intercambio "bajo cuerda" (Beck, 2009: 333). Las relaciones de parentesco, que también estructuran el intercambio, se dan entre unos y otros grupos (móviles y sedentarios), pudiendo incorporar los forrajeros individuos o familias que por ejemplo hayan perdido cosechas o tierra. El matrimonio entre miembros de unos y otros grupos puede ampliar el acceso a los

¹⁹ Difícilmente podrían encontrarse tales vasijas en depósitos arqueológicos dejados por ellos o, si se identificasen, es obvio que será

imposible realizar cuantificaciones válidas sobre las mismas. En todo caso, la posibilidad de la existencia de esta clase de vasijas debería ser contemplada por el arqueólogo.

recursos (Beck, 2009: 333). Individuos y familias pueden oscilar, por tanto, entre el sedentarismo y el nomadismo en o entre generaciones (Beck, 2009: 334). En esta situación, no cabría hablar solo de interacción entre sociedades asimétricas, sino del establecimiento de lazos mucho más estrechos.

La autora expone dos ejemplos etnográficos de relaciones de cooperación que conducen a intercambios de gente y de cultura material, indicando además que estas han existido desde hace mucho tiempo, sin ceñirse exclusivamente a la época del contacto con los europeos (véase Beck, 2009: tabla 1). El uso de la cerámica en estos grupos móviles ha llevado al establecimiento de relaciones externas en entornos en los que las cerámicas (y el alimento preparado en ellas) estaba muy extendido y los parientes y amigos eran usuarios de estas. Sin embargo, no era una incorporación pasiva de la tecnología que conocían sin importar cómo encajaba en sus estrategias existenciales. Esto sugiere una predisposición a favor de, al menos, un uso ocasional de la cerámica cuando los grupos móviles experimentan una amplia exposición a esta tecnología y cuando los vasos cerámicos se ven como las herramientas más apropiadas para determinadas tareas o situaciones (Beck, 2009: 334).

Uno de los ejemplos es la interacción entre grupos Pueblo orientales y nómadas de las Grandes Llanuras del sur en EE. UU. Las relaciones de intercambio entre ellos estaban documentadas por los exploradores y colonos españoles en los siglos XVI y XVII. Las cerámicas formaban parte de este intercambio, que incluía también alimentos. Las primeras cerámicas de las llanuras estuvieron decoradas hasta el siglo XV, momento en el que se encuentran cerámicas para cocinar junto con vasijas pintadas-vidriadas de los Pueblo de Río Grande. A cambio, cerámicas cordadas se hallaban entre los productos de las llanuras encontrados en los yacimientos Pueblo. Con todo, las relaciones entre los grupos que conforman estas poblaciones indican una gran variedad de situaciones (Beck, 2009: 335), como indicaría el segundo ejemplo. Son los forrajeros y pastores de África del sur: Botswana, Namibia y Angola, que igualmente desarrollaron complejas relaciones sociales y económicas con diferentes estrategias de subsistencia. Los Bosquimanos, por ejemplo, desarrollaron su propia tradición cerámica, pero también utilizaron la de sus vecinos (Beck, 2009: 335). En todo caso, debido a la falta de datos sobre la cuantificación de cerámica, únicamente se puede generalizar sobre los efectos de esta interacción (Beck, 2009: 336-337).

En otro orden de cosas, el trabajo plantea igualmente y de forma más concreta la interpretación de distintos tipos de yacimientos. Así por ejemplo, por lo que se refiere a pequeños yacimientos de superficie, la Etnoarqueología permite afirmar que la presencia de múltiples cerámicas en un yacimiento puede no indicar que ha sido ocupado por distintos grupos, sino que podría

reflejar el desecho de un solo grupo con un conjunto funcional de vasijas proveniente de múltiples fuentes. Si las relaciones de este grupo cambian también pueden haberlo hecho las fuentes de adquisición de la cerámica. Un territorio estable utilizado por la misma población móvil durante cientos de años podría, si se atiende a los patrones cerámicos, parecer territorios móviles de diferentes grupos productores de cerámica (Beck, 2009: 338). ¿Cómo pueden distinguirse entonces yacimientos creados por gentes de poblados sedentarios en salidas logísticas, particularmente si estos últimos proporcionan al menos alguna cultura material característica de los grupos móviles? La propuesta de la autora es, una vez más, que la tecno-función de las vasijas recuperadas puede proporcionar claves sobre el yacimiento concreto, incluido en un sistema más amplio de asentamientos, ya que sedentarios y móviles tendrían diferentes patrones de transporte de cerámica. Las vasijas para servir o comer transportadas por los sedentarios en una salida logística incluirían tamaños grandes para acomodar grupos más grandes de gente. Los móviles tendrían vasijas más pequeñas, individuales, para comer y cerámicas lisas para cocinar adquirida a los sedentarios, pero posiblemente fabricarían sus propios cántaros para el agua (Beck, 2009: 338). Estos patrones, que permitirían identificar la movilidad de los habitantes del yacimiento, se han constatado en los restos arqueológicos de Papaguería occidental. No obstante, será necesario comprobar tales datos con más ejemplos.

Es posible, además, relacionar también la función de las vasijas con la duración de los yacimientos, ya que se dan patrones diferentes según la movilidad logística y residencial (Beck, 2009: 339). Por ejemplo, en cuanto a la movilidad logística, se observó que los sedentarios O'odham (desierto de Sonora) necesitaron vasijas para el aprovisionamiento de recursos, para lo que llevaron desde su poblado vasijas relativamente gruesas y pesadas. Dependiendo del tamaño del grupo, también transportaron otras para servir y comer, de uso frecuente en la casa para servir la comida de un modo familiar. Los grupos prehistóricos de la región mostraron patrones similares (Beck, 2009: 340). Por lo que se refiere a la movilidad residencial, aunque las funciones de la cerámica son las mismas en unos y otros grupos, los móviles priorizan algunas de ellas en su adquisición de vasijas. Muchos de estos grupos no usan cuencos para servir o comer, prefiriendo otros materiales para esta función. Así cuando los adquieren, no lo hacen por razones funcionales sino sociales (manifestaciones materiales de las relaciones de producción) (Beck, 2009: 340). En cualquier caso, las vasijas transportadas por los grupos móviles serán pequeñas.

En resumen, los grupos que practican la movilidad tanto residencial como logística transportarán de forma rutinaria cierto tipo de vasijas, tales como cerámicas para cocinar o para almacenar agua, por lo que ambos tipos de vasijas serán los más esperados en los yaci-

mientos de corta ocupación, aunque como ya se ha dicho, posiblemente los primeros se adquirirán de los sedentarios, mientras que los segundos serán fabricados por ellos. Las vasijas de almacenamiento no aparecerán en los campamentos temporales de ambos grupos, mientras que se encontrarán escondidas en lugares protegidos en el caso de los grupos móviles o en los poblados de los sedentarios (Beck, 2009: 340). En Papaguería occidental se han planteado estas cuestiones en la interpretación de los yacimientos de superficie (Beck, 2009: 341).

Se vuelve así a la propuesta inicial de la autora: en lugar de una simple asignación cultural basándose en los tipos, sería más adecuado examinar las funciones de las vasijas para inferir si los conjuntos han sido desechados por grupos móviles o sedentarios en una salida logística, por ejemplo. Esto clarificaría la cuestión de que grupos con diferentes sistemas de yacimientos y de subsistencia tienen territorios que se solapan y están involucrados en un intercambio regular. Este estudio incluiría también la forma y tamaño de las vasijas (en Papaguería, en concreto, distintos proyectos han puesto el énfasis en pequeños cuencos y jarras) (Beck, 2009: 344)²⁰.

Habida cuenta de lo expuesto, M.E. Beck efectúa una serie de predicciones que podríamos situar en la línea de los planteamientos de la *New Archaeology*. Dada la importancia del agua en un medio tan árido como Papaguería occidental, sugiere que seguramente los grupos del interior (desierto) fabricaron sus propios cántaros para el agua (Beck, 2009: 345). Tendrían una necesidad más acusada de vasijas fuertes, ligeras, estancas para un transporte de agua intensivo o para el almacenamiento y habrían mantenido la habilidad para fabricar este tipo de vasijas especializadas. Algunos aspectos de la *Buff ware* del Colorado inferior sugerirían estas particularidades. Asimismo propone que los cuencos pequeños, individuales para comer (incluyendo los de la *Hokoham buff ware*) y las vasijas lisas para cocinar de los poblados ribereños son las que probablemente se hallarán más en los yacimientos de los grupos móviles de Papaguería. En cuanto a la cerámica para almacenar, se ocultaría, como demuestran algunos escondites de Papaguería occidental. Estas predicciones arqueológicas asumen la conexión entre el desecho de las vasijas y la rutina de las actividades de los yacimientos. De todos modos, se advierte que todo ello, no tiene por qué cumplirse si la cerámica se llevaba al interior del desierto con propósitos rituales (Beck, 2009: 345).

En resumen y para M.E. Beck, a lo largo de la Prehistoria y la Historia, algunos grupos móviles han vivi-

do cerca de otros más grandes, complejos y sedentarios, con los que intercambiaron gente, información y cultura material. Algunos adquirieron cerámica de estos segundos con objeto de complementar sus contenedores. Estas vasijas pueden haber sido parte de ciertas necesidades o haber estado vinculadas al conjunto de alimentos, técnicas de cocina y tecnología introducidas. Pero también se puede comerciar con cerámica por otras razones relacionadas sobre todo con cuestiones sociales (Beck, 2009: 346). Los arqueólogos han preferido interpretar los conjuntos prehistóricos y protohistóricos mezclados como una muestra de intercambio sin más, si éste se constataba históricamente. Sin embargo según la autora, el intercambio debe ser abordado de una forma más amplia y profunda, desde la óptica de las diversas motivaciones antes señaladas (Beck, 2009: 346). La ausencia de intercambio indicaría un clima social indiferente u hostil, por ejemplo, y no simplemente la inexistencia del mismo sin más.

Se esperarían diferentes tratamientos en la gestión de la cultura material entre ambos tipos de grupos, con un énfasis en la tecnología adecuada, un gran hincapié en el almacenamiento en lugares no residenciales y una mayor voluntad de abandonar elementos fácilmente reemplazables si se produce un incremento de la movilidad residencial, en el caso de los grupos móviles. Estos tienen una visión del mundo intrínsecamente oportunista y flexible, incluyendo alimentos y bienes materiales de los grupos del entorno, como recursos potencialmente explotables (Beck, 2009: 346). Por ejemplo, los grupos móviles Yavapai y Apache occidental de Arizona central eligen tratamientos inventivos y oportunos de todo su equipo doméstico (incluyendo vasijas destinadas a cocinar y contenedores de almacenamiento), reutilizando y reciclando extensivamente útiles prehistóricos y objetos euro-americanos en los siglos XIX y XX.

Lo expuesto se traduce en la documentación arqueológica de los grupos móviles en la baja frecuencia y diversidad de la cultura material, lo que está relacionado con la adquisición y al uso de las vasijas:

- Algunos grupos móviles posiblemente poseyeran conjuntos pequeños y altamente variables de vasijas, dominados quizá por las fabricadas por sus vecinos sedentarios.
- Sus yacimientos arqueológicos contendrían frecuentemente cerámicas obtenidas por intercambio, si estos grupos móviles tenían interacciones regulares con sus vecinos.
- A causa de sus estructuras de alta movilidad residencial, transporte y almacenamiento, la tecnofunción de las vasijas desechadas (más que su

²⁰ En todo caso, remito al artículo de M.E. Beck (2009) a aquellos interesados en el tema, ya que también se examinan otros aspectos

y múltiples ejemplos que pueden resultar de interés para distintas explicaciones y que obviamente no pueden ser analizados en estas páginas.

lugar de manufactura) nos ayudarán a situar yacimientos individuales en un sistema de yacimientos más amplio y así a relacionarlos con grupos particulares (Beck, 2009: 346).

Sin embargo, el estudio no argumenta en ningún caso que los grupos móviles no fabricaran cerámica de forma rutinaria ni que fueran necesariamente dependientes de sus vecinos para completar sus conjuntos cerámicos. De hecho, los estudios compositivos han establecido la manufactura de cerámicas locales en la Gran Cuenca, así como en Papaguería occidental, suponiendo en el primero de los casos una amplia mayoría. Tampoco insiste este artículo en que el comercio y las interacciones fueran la única explicación para las cerámicas no locales halladas en los territorios de los grupos móviles. Por ejemplo algunos autores sostienen que las referidas cerámicas de la Cuenca superior del norte de Arizona se deben a migraciones de pequeños grupos (Beck, 2009: 347).

En todo caso, persiste un interrogante al respecto: ¿si un grupo móvil necesita cerámica que adquiere de un compañero de intercambio, por qué desarrollaría su propia tradición? Los datos etnográficos e históricos no sugieren una explicación relacionada con la tecno-función. No sugieren tampoco que los cazadores-recolectores prefieran vasijas de su propio diseño, debido a funciones únicas o a los costes del transporte. Así por ejemplo, aunque las piedras calientes pueden actuar mejor usando vasijas de fibra gruesa templada, cocer directamente sobre el calor es la función más común para las vasijas usadas por grupos móviles. Por otro lado, el coste del transporte puede reducirse o evitarse por múltiples vías, como ya se ha señalado (Beck, 2009: 347). Los motivos para desarrollar o no desarrollar una tradición cerámica independiente indudablemente varían en cada caso, pero los factores sociales y el flujo de provisiones juegan a menudo un papel significativo. Las elecciones de adquisición de cerámicas tienen implicaciones en la autonomía económica, en el mantenimiento de la identidad cultural y en la naturaleza y buen funcionamiento de las redes sociales internas y externas. Aunque las cerámicas son toscos indicadores de las complicadas relaciones sociales y económicas, la autora señala que el presente etnográfico muy rico (como se percibe en el propio artículo, añadido por mi parte), aún proporciona una ventana importante sobre las interacciones prehistóricas regionales (Beck, 2009: 347). Pero lo señalado en estos últimos párrafos viene a corroborar la necesidad de contar con el número más amplio posible de casos para contrastar hipotéticas explicaciones.

En conclusión, de las páginas anteriores podríamos extraer una serie de observaciones destinadas al debate y a la reflexión y no afirmaciones concluyentes por el momento, entre otras cosas porque faltarían más casos con los que probar lo sugerido. Sin embargo, sí hay rasgos que se perfilan con mayor claridad en la documentación arqueológica y, más aún, por descontado en

sociedades vivas. No obstante, debe quedar bien claro que, como es bien sabido, los datos proporcionados por la Etnoarqueología no pasan de proporcionar posibilidades para la interpretación y no pretenden extraer conclusiones firmes basadas en una analogía mecánica.

De entrada, podríamos afirmar que según los datos obtenidos, tanto en sociedades prehistóricas como actuales, parece confirmarse que la secuencia evolutiva tradicional de la Prehistoria muestra una quiebra por lo que respecta a la cerámica (y no sólo). Una vez más, tecnologías y etapas establecidas precisamente con base en las primeras no coinciden: las distintas economías pueden coexistir y no ser forzosamente sucesivas y las diversas tecnologías (cerámica, metalurgia, etc.) también. En una palabra, economía productora y tecnología cerámica pueden ir de la mano, pero también de forma separada.

No se plantea aquí el nacimiento de la cerámica en el seno de determinados grupos, sino la adquisición a partir de otros, aunque ello pueda derivar en fabricaciones locales propias de los cazadores-recolectores. En ese sentido, partiríamos de la coexistencia de sociedades asimétricas que se relacionan entre sí y en las que puede plantearse esa relación “maestro-aprendiz” de la que habla I. García-Martínez de Lagrán (2014: 84) o la simple adquisición de un elemento nuevo, foráneo, que después se intenta reproducir. Así pues, no se aborda aquí otro tipo de posibilidades, ya que el espacio no lo permitiría, en cualquier caso.

Una cuestión vinculada es la coexistencia de grupos en distinta situación, fruto en mi opinión de diferentes adaptaciones al medio, no solo geográfico, sino también social. Ello permite afirmar una vez más por lo que se refiere al pasado que los grupos mesolíticos no han sido poblaciones pasivas en absoluto y que, incluso adoptando nuevos elementos (especies, equipo material), han seleccionado aquello que encajaba en sus modos de vida y poseía una clara utilidad para ellos, en el intento de mejorar los primeros y no de cambiarlos. Una pista en este sentido parecen darla el uso y reciclado de objetos prehistóricos y recientes de los grupos de Arizona antes mencionados. Esta actitud de los cazadores-recolectores se ha defendido en numerosas ocasiones justamente por la observación de que en sociedades vivas, al menos, no cambian de forma de vida si no es por una razón poderosa. Es esta una cuestión que se ha señalado en relación con la adopción de la agricultura. En todo caso y por lo que respecta al pasado, todo lo expuesto sería un indicio de lo complejo de la neolitización, de la variedad de situaciones y de la imposibilidad de defender explicaciones lineales de la misma.

A estas alturas, puesto que además los casos aumentan, parece fuera de toda duda el uso de vasijas cerámicas por grupos con una movilidad variable (cazadores-recolectores, nómadas, etc.), con una serie de modificaciones en ciertos casos, sobremanera en aquellos que se relacionan con la fragilidad de estas vasijas para la que la movilidad señalada es, sin duda, un importante riesgo. Los ajustes relacionados con esta problemática

oscilan, como hemos visto, desde poseer pocas vasijas (de hecho en los yacimientos de ambos tipos de sociedades no son numerosas), hacerlas más ligeras o la ocultación o el abandono de parte de ellas, pero no las excluyen de forma radical ni son sustituidas sistemáticamente por otro tipo de recipientes. Es claro pues que las vasijas cerámicas resultan idóneas para determinados menesteres, como el almacenamiento y transporte de agua y de ciertos alimentos, así como para determinado tipo de cocina (la relacionada con el hervido de granos o guisos con caldo o sopas), fundamentalmente la vinculada a la exposición continuada y prolongada al fuego. Estas motivaciones para el surgimiento y uso de la cerámica habrían sido ya sugeridas para las prehistóricas, pareciendo confirmarse en sociedades vivas. Pero las motivaciones para la adquisición de estos recipientes de grupos vecinos pueden ser de carácter simplemente técnico: la limitación de la manufactura a causa de la movilidad residencial o por la ausencia de materias primas adecuadas. Por tanto, todos estos motivos deberán ser tenidos en cuenta (medio ambiente incluido) por el arqueólogo, antes de buscar otros más abstractos, que también se dan (ocultación de alimentos por diversas razones²¹, relaciones de intercambio con sus condicionamientos de carácter simbólico o social, etc.).

Resulta de gran interés constatar en sociedades vivas la adecuación de las cerámicas a grupos tanto sedentarios como móviles, para la mejora del almacenamiento y el procesado del alimento, sobre todo. De nuevo, se plantea aquí la imposibilidad de establecer una frontera entre las necesidades y la cultura material de unos y otros. En otras palabras, la aparición de cerámica en un depósito arqueológico no es sinónimo de su adscripción al Neolítico, algo bastante común en determinados momentos de la investigación, a falta de otro tipo de datos. En mi opinión, este sería el hecho que lleva a Beck a afirmar que la cerámica de grupos sedentarios aparecida en campamentos móviles no ha recibido la misma atención. Sin embargo, a mi modo de ver, lo sucedido ha sido la clasificación automática de estos lugares como neolíticos (yacimiento de Löddesborg antes mencionado). Pero en estos casos, como contrapartida, es preciso que el arqueólogo atienda igualmente a otros rasgos en el estudio de tales depósitos, ya que puede originarse una cierta confusión en la investigación, precisamente porque no puede considerarse la cerámica como un elemento discriminante sin más en relación con un carácter neolítico.

Una de las aportaciones más originales del estudio de Beck, a mi modo de ver, es la importancia de tomar en cuenta la tecno-función de las vasijas. Esta permiti-

ría situar los yacimientos en un sistema más amplio, así como entender mejor patrones de uso del territorio y asignarles tradiciones culturales concretas. Es claro que un correcto y profundo conocimiento de los mecanismos de intercambio entre grupos estará vinculado a lo anterior. Como hemos visto, resulta clave para entender los depósitos de yacimientos de superficie de pequeño tamaño y/o de corta duración. El tamaño de las vasijas, unido a su función, parece que tendrá mucho que decir por lo que se refiere al grupo del que proceden (móvil o sedentario), así como su relación con una movilidad logística o con una residencial²².

Sin duda, lo más destacado es una “lectura” diferente del territorio, permitiendo determinar sistemas amplios de yacimientos y la filiación cultural de los mismos (de nuevo, grupos móviles o sedentarios). Por otra parte, hallamos también una cierta similitud con las conclusiones de L. Binford (1988, 117-153) en cuanto a la movilidad de los grupos Nunamiut y la ocupación del territorio por los mismos, con distintos yacimientos dedicados a actividades diferentes en diversas estaciones del año pertenecientes a un único grupo y no a grupos culturales distintos. M.E. Beck plantea un hecho parecido, deducido a partir de las cerámicas: un yacimiento ocupado por un mismo grupo, con un conjunto funcional de vasijas de diversa procedencia y su permanencia en un territorio estable, podría producir la impresión de la ocupación del mencionado territorio por varios grupos productores de cerámica. Obviamente, tales conjuntos “mezclados” son los más difíciles de interpretar, por lo que este tipo de sugerencias son bienvenidas, sugerencias que por otra parte mostrarían la simplicidad de algunas de las interpretaciones ofrecidas hasta el momento.

Por último, el intercambio de vasijas puede ser algo estructurado o formalizado (recordemos sugerencias de este tipo para la difusión de cerámicas como la cardial, por ejemplo), intercambio que podría estar expresando relaciones de vecindad utilizando las cerámicas como regalos, por ejemplo, con carácter ritual o estar mediado por el parentesco. Este último aspecto reviste especial interés, ya que estos lazos familiares se plantean entre sociedades asimétricas, cazadores-recolectoras y agricultores. Así, el intercambio podría presentar diferentes modalidades que igualmente pueden presentarse entre grupos sedentarios únicamente.

La toma en consideración de los numerosos datos extraídos de sociedades vivas permite a la autora realizar incluso algunas predicciones sobre el tipo de documentación arqueológica que cabría esperar y que permitirían a su vez, de forma circular, diferenciar el comportamiento

²¹ Tales escondites podrían ser, en todo caso, fácilmente identificables por los arqueólogos y seguramente explicarían ciertos hallazgos prehistóricos aislados.

²² Se transportan en cada caso ciertos tipos de vasijas y no otros, pero su procedencia en cuanto a fabricación puede ser distinta.

de grupos móviles y sedentarios. Podrían plantearse como hipótesis de trabajo a comprobar después en la investigación de campo, aunque la elección de la metodología queda a criterio de cada arqueólogo.

No es posible extenderse en otras consideraciones sobre un tema tan interesante pero, seguramente, la incorporación de estas posibilidades de interpretación a la documentación arqueológica nos permitirá enfocar ciertas problemáticas de un modo distinto y enriquecerá las explicaciones de la misma, contribuyendo en todo caso al debate, siendo conscientes de que cuantos más casos incorporemos más ocasiones habrá de contrastar nuestras hipótesis.

BIBLIOGRAFÍA

- Alday, A. (2005): *El campamento prehistórico de Mendandía: ocupaciones mesolíticas y neolíticas entre el 8500 y el 6400 B.P.* Álava.
- Alday, A. (2012): "The Neolithic in the Iberian Peninsula: an Explanation from the perspective of the participation of Mesolithic Communities". *Zephyrus* LXIX: 75-94.
- Barnett, W.K. (1990): "Small-scale transport of early Neolithic pottery in the West Mediterranean". *Antiquity* 64: 859-865. <http://dx.doi.org/10.1017/S0003598X00078984>
- Beck, M.E. (2009): "Residential Mobility and Ceramic Exchange: Ethnography and Archaeological Implications". *Journal of Archaeological Method and Theory* 16 : 320-356. <http://dx.doi.org/10.1007/s10816-009-9073-0>
- Berg, van, P.L. (1991): "Ceramiques de chasseurs et ceramiques d'agriculteurs en Europe". *Actes du XIIe Congrès International UISPP (Bratislava, 1-7 septembre)* 2: 413-415.
- Bernabeu, J. (1996): "Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 53.2: 37-54. <http://dx.doi.org/10.3989/tp.1996.v53.i2.391>
- Bernabeu, J. (2006): "Una visión actual sobre el origen y difusión del Neolítico en la Península Ibérica. Ca. 5600-5000 cal.a.C.", en García, O. y Aura, J.E. (coord.), *El abrigo de La Falguera (Alcoy. Alicante). 8000 años de ocupación humana en la cabecera del río Alcoy*: 189-211.
- Binford, L. (1988): *En busca del pasado*. Barcelona.
- Blasco, A., Edo, M. y Villalba, M^a J. (2008): "Evidencias de procesado y consumo de cerveza en la Cueva de Can Sadurní (Begues, Barcelona) durante la Prehistoria". *Actas del IV Congreso del Neolítico peninsular (Alicante, 27-30 de noviembre 2006)* I: 428-431.
- Cauwe, N. *et alii* (2007): *Le Néolithique en Europe*. París.
- Cribb, R. (1991): *Nomads in archaeology*. Cambridge. <http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511552205>
- Gallart, M^a D. (1980): "La tecnología de la cerámica neolítica valenciana". *Saguntum* 15: 58-90.
- García Martínez de Lagrán, I. (2014): "La neolitización de la Meseta norte y de la alta y media cuenca del Ebro (España): premisas teóricas, análisis del registro y planteamientos de hipótesis". *Zephyrus* LXXII: 83-107. <http://dx.doi.org/10.14201/zephyrus20147383107>
- Larsson, M., Lemdahl, G. y Lidén, K. (2014): *Paths towards a new world. Neolithic Sweden*. Oxford.
- Lucas, M^a R. (1976): "Consideraciones sobre el origen de la cerámica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 6: 4-9.
- Mazurié, K. (2007): *El origen del neolítico en Europa. Agricultores, cazadores y pastores*. Barcelona.
- Olaria, C. (1994): "La problemática cronológica del proceso de neolitización en el País Valenciano: Una hipótesis de periodización". *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló* 16: 19-137.
- Rubio, I. (1998): "La Etnoarqueología: una disciplina nueva en la docencia universitaria y en la investigación españolas". *CuPAUAM* 25.1: 9-33.
- Rubio, I. (2009): "Neolitización peninsular y C14: nuevas perspectivas para su interpretación". *Actas de las IV Jornadas de Investigación del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM (3-5 de marzo de 2009)*: 5-21.
- Rubio, I. (2010-2011): "Cerámica y simbolismo. Posibles interpretaciones de algunas cerámicas peninsulares del Neolítico antiguo". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Homenaje a D. Manuel Santonja Alonso* 46: 31-52.
- Rubio, I. (2014): "La neolitización de la Península Ibérica, una vez más: nuevos datos para explicaciones alternativas". *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier, Anejos a CuPAUAM*, 1: 39-63.
- Sanz, S. (2012): *Dataciones para un proceso histórico. La cronología absoluta del Neolítico peninsular: análisis y valoración cultural*. Tesis doctoral inédita, leída en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM.
- Schuhmacher, T. y Weniger, G.C. (1995): "Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el este de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 52.2: 83-97. <http://dx.doi.org/10.3989/tp.1995.v52.i2.419>
- Vicent, J.M. (1990): "El neolític: transformacions socials i econòmiques", en Anfruns, J. y Llobet, E. (Eds.), *El canvi cultural a la Prehistòria*: 241-293.
- Willigen, S. van (1999): "L'Epicardial et la Neolithisation de la France méditerranéenne". *II Congrès*

del Neolítico a la Península Ibérica (Valencia, 7-9 de abril), Saguntum-PLAV, Extra-2: 571-581.

Zvelebil, M. (1986a): “Busca de alimento en los bosques de la Europa posglacial”. *Investigación y Ciencia* 118: 70-78.

Zvelebil, M. (1986b): “Mesolithic prelude and neolithic revolution”, en Zvelebil, M. (Ed.): *Hunters in transition: 5-15.*

Zvelebil, M. (1986c): “Mesolithic societies and the transition to farming: problems of time, scale and organisation”, en Zvelebil, M. (Ed.): *Hunters in transition: 167-188.*